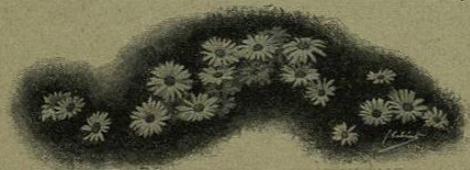


de la esperanza. Puesto que el mundo es así y nuestro tránsito por él es tan breve, procuremos ser buenos y esperemos resignados lo que Dios nos mande, en la inteligencia de que sólo somos instrumentos de su voluntad suprema. ¿No opina usted así, Luis?

— Señora, desde que la fe entró en mi alma conducida por un ángel, así opino; y más que nunca, hoy he visto el poder de su voluntad al traer de tan extraña manera á la puerta de mi casa á nuestra noble protectora, desde ahora nuestra querida madre.

A partir de aquel instante todo fueron preguntas, respuestas, frases de ternura, cariños cambiados, la expansión, en fin, de la familia. Los niños fueron despertados, y todos, formando un grupo encantador, bendijeron á su noble y cariñosa tía.

Al día siguiente nuestros amigos ocupaban el palacio de la marquesa de Mayarí y eran presentados á la elegante sociedad como sus hijos adoptivos, haciendo al mismo tiempo testamento en el que dejaba por heredera de todos sus bienes á Esperanza: merecido premio á sus relevantes virtudes, á su cristiana fe.



... lo más importante es la explicación del *por qué* de cuanto en su casa ocurra

EL DOCTOR «POR QUÉ»

I

Cuando yo la conocí, era Clara de Montalvo uno de esos seres privilegiados que nacen para desesperación de los hombres y envidia de las mujeres. Apenas contaba entonces cuatro lustros. La naturaleza la había hecho hermosa, y el amor de su esposo la había hecho rica.

Dos angelitos de cabellos rubios y ojos azules la llamaban madre.

Tenía criados á sus órdenes y coches á su disposición, y podía realizar en el acto y sin esfuerzo alguno

todos los caprichos de la moda, todos los ensueños del lujo.

Y á pesar de todo esto, Clara no era feliz.

¿Por qué?

Según ella, porque su salud estaba muy quebrantada; según su marido...; pero no adelantemos nuestra narración.

II

La verdad es que Clara estaba más enferma de lo que ella misma creía, si bien su dolencia no era de las que se manifiestan por señales exteriores y síntomas determinados. Nada de dolor físico, ni siquiera ataques nerviosos, lo cual es raro en una mujer mimada. Y sin embargo, la hermosa joven sentía debilitarse sus fuerzas por momentos y caer su natural energía en una especie de marasmo algo parecido á la atonía de los imbéciles.

Amortiguábanse poco á poco en ella deseos y aspiraciones, y se pasaba las horas muertas tendida en un sofá ó recostada en una mecedora, ya contando y recontando con la tenacidad y precisión de un maniático los rosetones del artesonado techo, ya fijando la medio cristalizada pupila en un ángulo del salón, como si esperase ver aparecer allí algún objeto deseado largo tiempo.

Clara parecía entonces un ángel moribundo, víctima de la nostalgia del cielo.

III

Nuestra heroína tenía conciencia de la misteriosa enfermedad que la aquejaba, porque experimentaba sus efectos; pero ignoraba la causa.

La pobre sentía que la vida se escapaba de su anquilado cuerpo, y una desesperación profunda se iba apoderando lentamente de su alma. Clara llegó á tener miedo.

Entonces fueron llamados los mejores médicos de la corte, alópatas y homeópatas.

El llamamiento sólo produjo un verdadero chubasco de recetas y una lluvia de glóbulos que marearon á la enferma sin aliviarla.

Ya sólo quedaba una prueba por intentar.

Clara había leído en los periódicos que acababa de llegar á la corte un médico extranjero precedido de una reputación europea, y decidió consultarle sobre su enfermedad.

Gracias á las prerrogativas de que gozamos los novelistas, vamos á asistir á la primera visita del sabio Galeno á la desahuciada enferma.

IV

Hallábase Clara envuelta en la penumbra de su gabinete, cuyo entornado balcón daba paso á un pálido reflejo del sol del mediodía.

Tendida indolentemente en una butaca, con la hermosa y débil cabeza apoyada en el respaldo, y la mirada fija que revela, no la ausencia del pensamiento, sino su inacción, esperaba al famoso doctor entre temerosa y confiada.

Llegó éste al fin, como llega todo en el mundo, y después de saludar á la enferma, que se había incorporado haciendo un esfuerzo, abrió el balcón de par en par con brusca *sans façon*.

Sin embargo de esto, inclinóse con un ademán lleno de irreprochable distinción, diciendo:

— Dispense usted, señora; la luz del día y la luz de la ciencia son dos fuerzas que se compenetran y se ayudan.

La enferma le examinó con ese parpadeo de la pupila que pasa rápidamente de la obscuridad á la luz, y sintió confiada atracción hacia aquel doctor eminente, de elevada estatura y sereno rostro, en el que la nieve de la barba contrastaba con el fuego de los ojos inteligentes y escrutadores.

Al examen de la doliente siguió el del médico, examen mudo, pero tan completo, que abarcó no sólo el estado del cuerpo, sino también el del alma, reflejada en el opaco cristal de los ojos.

Siguieron las naturales preguntas.

— ¿Qué siente usted?

— Difícil me será explicarlo, doctor. No siento nada y me siento morir. Una debilidad del cuerpo y un abatimiento moral que me producen continuo males-

tar. La gente me aburre y la soledad me desespera. Si me buscan, me molestan; si me dejan sola, sufro las angustias del vacío. No pienso en nada y estoy siempre preocupada. Parece que se me escapa la vida, y recelo que me voy muriendo sin saber de qué.

— Ya procuraremos impedirlo — dijo el doctor con impasibilidad germánica.

— Sólo en usted confío.

— ¡Gracias, señora! Prosigamos. ¿No encuentra usted placer, ó cuando menos distracción, en la lectura?

— Nunca me ha gustado, y aún menos escribir. Jamás he podido trazar doce líneas sin sentir tensiones nerviosas.

— ¿Indudablemente será usted aficionada á la música?

— Me agrada; pero siempre me ha sido imposible la práctica asidua del divino arte. Como la lectura, me cansa.

— ¿Cuál es, pues, la afición de usted?

— Ninguna, doctor. A mi pobre juicio, afición significa estímulo, y mi predisposición á no hacer nada es un estímulo contraproducente.

— ¡Lindo estímulo! — exclamó el doctor con sonrisa irónica.

— De soltera — prosiguió Clara — no podía eludir algunos estudios y quehaceres, por lo cual anhelaba casarme cuanto antes. La suerte me favoreció en esto; el que hoy es mi marido, joven, guapo y rico, pidió mi mano y se la dí en el altar lo antes posible.

En mi nuevo estado realicé mi aspiración suprema: no hacer nada. Y si bien me encantaron los placeres del mundo elegante, tan nuevos para mí, pronto me hastié de ellos. Sin embargo, como los creía mi único recurso para no caer en la atonía en que ahora me encuentro, traté de prolongarlos con esfuerzos ficticios, é insensiblemente me vi complicada en aventuras que estuvieron á punto de comprometer mi reputación y hacer perder la vida á mi marido en un lance de honor del cual salió bien milagrosamente. Estas contrariedades me hicieron comprender que era demasiado *expansiva*; y huyendo de tales disgustos, caí en el inexplicable marasmo en que me veo sumida. Temo que estoy destinada á morir de consunción moral.

Nueva mirada investigadora del doctor, débilmente sostenida por la enferma.

— ¿Tiene usted hijos, señora? — siguió preguntando.

— Dos, una niña de cuatro años y un niño de tres.

— ¿Los cuidados que exige su edad agravarán tal vez la extraña enfermedad de usted?

— No necesitan de mis cuidados, doctor. Están atendidos por las amas que los criaron y por una inteligente institutriz. Ya ve usted que no me necesitan.

— Ya veo, señora, ya veo.

— A propósito, mírelos usted, ahí vienen — dijo Clara, levantando la cortinilla del balcón.

— El día no está muy bueno para paseo: sopla un Nordeste de pulmonías.

— ¡Qué quiere usted! Esas mujeres tienen el don de hacerlo todo al revés.

— ¿Y su padre?

— Mi marido está poco en casa. Se fué esta mañana y no volverá hasta la hora de comer, si come conmigo.

— ¿Le ama usted?

— Con toda el alma.

— Entonces...

— Tengo en él completa confianza.

El doctor hizo un gesto imperceptible y tomó el pulso á la enferma, enterándose con minuciosidad de mil pequeños detalles.

Luego quedó pensativo.

V

Clara interrumpió la meditación del doctor exclamando:

— ¡Por Dios, doctor, vea usted mi ansiedad! Hable usted.

— No se inquiete usted, señora; su estado ofrece aún esperanza. Busco el medio mejor para llegar al fin que deseamos.

— Espero su dictamen.

— El plan que voy á trazar le parecerá á usted extraño y difícil de cumplir, pero...

— Estoy dispuesta á todo.

— Empezará usted por tirar todas esas medicinas

que, lejos de curarla, alteran su salud Después mi prescripción es esta: movimiento, animación, ejercicio, que es la vida del cuerpo; constante ocupación, que es el alimento del alma. Largos paseos, música ó cualquier otro arte, lectura, labores; quiero para usted todo lo que active la en usted lenta circulación de la sangre, todo lo que distrae la imaginación y ensancha el pensamiento.

— ¡Pero, doctor!

— Dispense usted, señora, que no he terminado. Falta lo más esencial. Deseo que durante una semana pase usted diaria y minuciosa inspección á toda su casa, empezando por los departamentos de su esposo y de sus hijos, procurando averiguar si realmente están atendidos como por usted misma, y que escriba usted en una á manera de hoja consultiva el *por qué* de cuanto ocurra en su morada, de todos esos pequeños sucesos que tienen lugar diariamente en el hogar doméstico.

Clara le escuchaba asombrada y con la mirada atónita é inquieta, preguntándose si aquel sabio doctor estaría loco.

— ¿Usted sabe lo que me propone? — pudo decir al fin. — Me está usted ordenando todo lo que detesto, cosas que, á la verdad, me parecen extrañas á la medicina.

— Cada uno tiene su sistema, señora. Si durante una semana sigue usted fielmente mis indicaciones, al terminar este plazo estará usted curada ó desahucia-

da. Para ello necesita usted gran acopio de voluntad. ¿Está usted dispuesta á hacerlo? Si su respuesta es afirmativa, procuraré curarla; si no, ofreciéndome como su servidor, me retiro.

— ¿Luego la enfermedad existe?

— Existe.

— ¿Y cuál es?

— Lo sabrá usted más tarde.

— ¿Puede tener remedio?

— Sí.

— ¿Cuál?

— El plan que le he indicado.

— Es usted tan extraño como sus prescripciones.

— ¿Acepta usted ó me despide? — preguntó el doctor, poniéndose en pie.

Clara vaciló un instante y al fin dijo:

— Acepto. Intentaré la última prueba. Haré cuanto usted desea.

— No olvide usted que lo más importante es la explicación del *por qué* de cuanto en su casa ocurra.

— Bien, doctor; pero si no pudiera...

— Demostraría usted que carece de voluntad y la curación sería imposible. Yo no lucho con la inercia.

Dicho esto, inclinóse y se alejó, añadiendo:

— Hasta dentro de ocho días.

— A la verdad — murmuró para sí Clara — que no entiendo la eficacia de sus *por qué*s; mas puesto que de la firmeza de mi voluntad depende mi curación, la tendré.

VI

El primer día de la prueba, la indolente, la débil, la casi moribunda Clara tuvo el heroico valor de dejar el lecho relativamente temprano, y cumpliendo el mandato del médico, comenzó la interesante inspección por las habitaciones de su esposo.

En la puerta se detuvo al oír el timbre de una voz femenina y luego un ligero cuchicheo del que se percibían palabras aisladas.

Abrió el pesado *portier* y vió...

Vió á su marido sentado en una butaca y junto á él de pie á Julia, su doncella, joven rubia y pizpireta, que no era fea ni bonita, pero que sabía *vivir*. Su amo la estrechaba amorosamente por la cintura, mientras ella le arreglaba jugueteando el lazo de la corbata.

De pronto se oyó un ligero chasquido que hizo palidecer á Clara. Entonces Julia se enderezó y dijo con acento de mimosa coquetería:

— Basta, basta. Ahora á la obligación.

Y su complaciente amo se sentó á la mesa de despacho á tomar la cuenta del gasto diario, porque Julia unía á las funciones de camarera las de ama de llaves.

Una llamarada de fuego subió al rostro de Clara; pero siguió escuchando á su marido, que entre risueño y admirado decía:

— ¡Si es imposible, hija mía, si hace tres días te di un billete de veinte duros y en casa hay de todo!

— Pues se ha concluído.

— ¿Es decir que necesitas dinero?

— Naturalmente.

Él la miró en silencio con aire perplejo. Ella le contestó con una mirada larga, intensa, embriagadora, que le abrasó.

Púsose en pie, ciñó de nuevo con su brazo el esbelto talle de la joven, y estrechándola contra su pecho:

— Te daré cuanto quieras — dijo. — Todo es tuyo.

Clara dejó caer el *portier*.

Había estado á punto de penetrar en la habitación y arrojar de allí á la indigna mujer que así la ultrajaba en su propia casa; pero su orgullo la impidió mostrarse celosa de su propia criada.

— ¡Esto es infame! — exclamó, convulsa de cólera. — Me ofende y nos arruina.

Involuntariamente surgió en su pensamiento la fórmula del doctor.

— ¿Por qué — gritó en su fuero interno, — por qué se porta así mi marido?

Y esa voz tan misteriosa como implacable, que hace el oficio de consultor y de juez y que llamamos conciencia, le contestó en seguida:

— Porque busca en otra los cuidados que tú le niegas y la ternura que no encuentra en ti.

Clara hizo un gesto de furiosa protesta y corrió azorada al cuarto de su hijo, como buscando en él amparo contra aquella acusadora idea.

VII

El niño estaba solo. Tendido sobre la rica y elegante cuna adornada de encajes y colgada de raso azul, lloraba desesperadamente agitando al aire los sonrosados bracitos y las redondas piernas. Desnudo y solo, lloraba de miedo y de frío; pero nadie oía su llanto ni acudía á sus gritos.

La joven madre se acercó presurosa á la cuna, abrigó á su hijo con solícito esmero y quiso prodigarle tiernas caricias. Mas ¡ay!, como era la primera vez que penetraba allí, el niño la desconoció, y agitado, convulso, la rechazaba gritando:

— ¡Ama, ama!

— ¡Dios mío! — exclamó Clara estremecida, aterrada.

— ¿Por qué no me quiere mi hijo? ¿Por qué se asusta de mí?

— Porque apenas te conoce — le contestó la acusadora voz.

La atribulada madre quedó un instante inmóvil; por primera vez en su vida trabajaba su pensamiento, trayendo á su memoria todo el pasado.

Cayó de rodillas junto al lecho de su hijo, lo estrechó contra su corazón, y confundiendo con las inocentes lágrimas del niño las suyas llenas de amargura, murmuró asintiendo al reproche de su conciencia:

— ¡Es verdad, es verdad!

Cuando por fin acudió el ama, el niño no lloraba ya;

atraído por la naciente ternura de su madre, jugaba con los sueltos cabellos de ésta, que le besaba con pasión, diciendo como si le viera por primera vez:

— ¡Qué hermoso es!

VIII

En la habitación de su hija la esperaba otra sorpresa.

La flemática institutriz inglesa leía muellemente reclinada en una mecedora que se balanceaba suavemente al impulso de la pulcra hija de Albión.

— ¿Y mi hija? — preguntó Clara, registrando el cuarto con la mirada.

La sabia institutriz dió un salto, sorprendida de ver allí á la señora de la casa, á quien suponía en la cama.

— Está estudiando — contestó con voz no muy segura, — voy á buscarla.

— No, iré yo misma — dijo Clara deteniéndola.

La niña no estudiaba. La encontró en el comedor, en pie sobre la mesa, bailando picarescamente y rodeada de criados que celebraban con carcajadas y dicharachos las *habilidades* de la niña, interrumpidas á menudo por apretones y besos.

Clara cayó como una exhalación sobre la alegre turba, repartiendo miradas fulminantes, y muda de indignación, soberbia de arrogancia, se llevó á su hija sin formular una palabra.

Arrebatada, colérica, febril, volvió al lado de la institutriz llevando á la niña de la mano y diciendo:

— Aquí la tiene usted. Estudiaba, en efecto..., el modo de pervertirse precozmente para solaz de mis criados. ¿Es así como cumple usted su misión?

— Aseguro á usted, señora — repuso la institutriz con un ligero tinte de ironía, — que es la primera vez que esto sucede. Su hija de usted no se separa de mí. Por lo mismo que soy *sola* á velar por ella, quiero á esta *pobre niña* con toda el alma.

Clara enrojeció al velado reproche de aquellas palabras.

— ¡Pobre! — exclamó con altivez. — ¿Qué motiva esa humillante compasión? ¿Quiere usted explicarla?

— Es pobre — replicó la inglesa con intención — porque carece de los cuidados de su madre.

Clara vaciló al recibir aquel rudo golpe asestado al corazón, más doloroso tras los ya sufridos, y sólo tuvo fuerzas para decir:

— Basta, hemos terminado.

— Tanto, señora, que tengo el honor de advertirla que desde hoy ceso en el cargo que desempeñaba en esta casa.

IX

— ¿Qué queda ya que ver ó saber? — se dijo Clara, siguiendo su doméstica inspección...

Pero en aquella vía dolorosa aún tenía que descu-

brir nuevos horizontes, si no tan desconsoladores, en cambio más oscuros.

En el departamento de la servidumbre...

Mas aquí nos detenemos. Sería inútil entrar en detalles de *escalera abajo*, por los lectores ya adivinados. Los criados aprovechaban en beneficio propio el desorden que en la casa imperaba, y robaban cuanto podían.

Clara no pensaba ya en sus males; angustiada, abrumada por el dolor moral, olvidaba la dolencia física y regresó á su gabinete preguntándose, quizá para eludir su responsabilidad:

— ¿Por qué sucede esto en mi casa? ¿Por qué todos se portan mal?

Y su propia razón, ya aleccionada, le decía:

— Porque tú no te portas bien. Porque donde no hay cabeza, no busques orden, ni paz, ni nada.

Durante una hora permaneció sumida en triste meditación. Su cuerpo estaba casi aniquilado por el inusitado trabajo moral y material; pero su pensamiento, en ebullición permanente, se agitaba como en las visiones de una pesadilla. Abarcaba el pasado y el porvenir, y cerrados los ojos para mejor recoger las ideas, veía en su imaginación extraños espejismos en los que contemplaba á su marido, primero elegante, seductor, dando el brazo á una mujer que no era ella, luego transformado en sucio mendigo que entre dos niños haraposos imploraba la caridad tiritando de frío. Otras veces veía á sus hijos ya crecidos, que huían de ella con muestras de aversión.